

Recreación plástica en Isidro Con Wong

RICARDO ULLOA BARRENECHEA

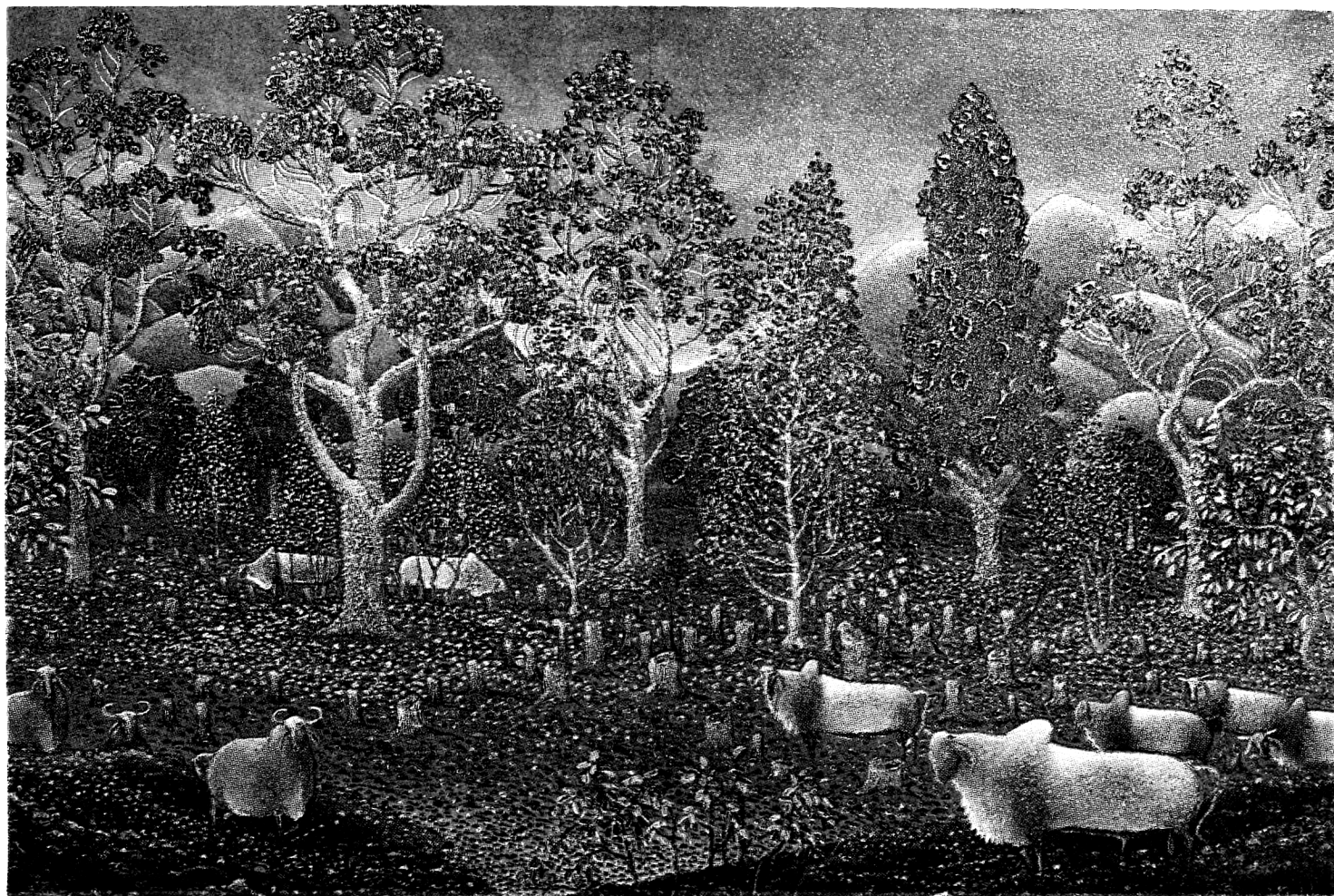
Somos criaturas del siglo XX. Sentimos que la cultura occidental cierra sus compuertas históricas al finalizar la siembra y recolección de una era. El pensamiento clásico une al hombre, al cosmos, a la "raison" y a Dios. Las dos grandes guerras mundiales avasallaron la unidad humanista de la cultura y pusieron en tela de juicio el progreso científico positivista. Prosperar para destruir no tiene sentido. Y aún así, nos ponemos a conquistar el universo. Y ¿para qué?, si la Tierra sufre con sus hombres desconocidos y desconocibles. Es que, al decir de Nietzsche, el conocimiento a veces perjudica.

La conquista del universo empequeñece a la Tierra, la sustancia esencial de la creación. Las estrellas ya no son las vibrantes partículas del inaprensible espacio cosmológico. Deseamos conquistarlas como a Marte, una estrella cubierta por el velo incierto de la distancia. Conquistar es vencer o sea anular la pasión y el deseo e inclusive, la incertidumbre. Bertrand Russell es el filósofo de nuestro "fin de siècle" por su logística positivista y agnosticismo. Pero también por su preclara inteligencia que ha hecho de la matemática una ciencia del saber. Y, sin embargo, aún somos criaturas. Las computadoras para el arte son como un futuro hechizado. Las manos aún son testigo directo de la criatura. Con las manos se ama, se acaricia, se reza. Las manos son el instrumento del arte: piensan, corroboran; gestan la vida en el barro de la muerte. Traducen los sueños y el mundo seductor que la realidad desampara. Los huérfanos de la realidad son los poetas que en la metafísica manual acuden como enviados de lo invisible, de la transfiguración mística o soñadora. Las manos de los niños nos sorprenden en su espontánea dicción libertadora de las armonías vírgenes. Son las puras imágenes de la creación no delimitadas por la visualidad analítica, y de la objetivación formal. Hoy más que nunca nos interesa ese proceso desnudo y espontáneo.

La ilustración que alcanza su apogeo con los enciclopedistas es la otra vertiente de la vida. Se ha dicho que España no tuvo ilustración; quizás por ello sea tan insaciablemente instintiva y tan nutriciamente telúrica.

Quizás también la sobrevaloración que nuestra época hace de lo "naif" es por la sed que tiene del regreso al mito, a la oscuridad poblada por la imaginación irracional. Ansiamos por cansancio una nueva edad, no de oro sino de tierra virgen, con sus hechizos y evasión de la connotación corpórea. Anhelamos el relato mágico, la luna crepuscular libre del atrevimiento de los astronautas, que de un portazo han encerrado el vuelo lírico romántico, de ese sol blanco de la noche que alumbraba en penumbra el lecho de los enamorados y cubre con sus rasgos invisibles y livianos, los nidos encendidos del blanco de las ramas que la hermana del sol traspasa frágilmente.

Si Stravinsky regresa al rito, a lo elemental, es por el ansia de liberarnos del cúmulo abarrotado de la erudición y de los cultos sistemáticos. El sistema tonal es la erudición musical culta de Occidente. La erudición opaca la visión primigenia. El acto sensorial inocente. La inocencia visual es la contrapartida "naif" de la mirada



Quando llega la tarde. Acrílico de Isidro Con Wong.

ilustrada. Si no sois como niños no entraréis en el reino de la candorosidad.

Cuando la razón duerme y se amortigua, nacen los sueños en su ilimitada esencia. Los nidos sagrados anidan en las ramas en una sensualidad de frutos tropicales, primitiva, asociada a ritos primarios.

Los troncos y las ramas se entrelazan en ceremoniales asimétricos. Enredaderas fosforescentes de carmines, platas y azules surgiendo como trampas ópticas. Se sale y se entra en ellas como viajes laberínticos de una percepción libre de formas rígidas típicas de los rasgos del realismo convencional. La percepción real se transmuta en un juego de fantasía, color y transposición poemática. La naturaleza adquiere la fascinante caligrafía de una decoración exuberante para el degustar visual de un espectáculo sensorial.

La magia de Con Wong

Isidro Con Wong no es estrictamente un lenguaje conceptual. Es deleite de la sensación, del fenómeno visualizador traductor de imágenes reticentes. La sensación de color se enriquece, por la vibración del conjunto, en una singular sensación vibratoria por las rápidas sacudidas de los pigmentos fosforescentes acentuadas por la ornamentación laberíntica.

Wong estimula nuestros órganos sensibles y la imaginación creadora al regresar a la imagen pero decorándola, revistiéndola de una piel suntuosa, y que en algunos formatos grandes adquiere una

fastuosidad escenográfica.

Su estética se aparta del postulado intelecto-objetividad para acercarse al trinomio sentimiento-imaginación-recreatividad.

Esta doble traducción nos obliga, en su alejamiento de representación única, a la aprehensión y transformación de formas significativas pero fenomenológicas, y por ello adscritas por entero a un acto plástico, seductor, a una catarsis encantada en el desdoblamiento del sujeto creador y del receptor.

En este arte, nos dice Cirlot, sólo se mantiene una creación absoluta o una repetición mecánica.

Wong se explica asimismo al abandonar el caserío folclórico, las escenas de género o costumbristas. Se especializa en la universalidad de la naturaleza aunque retenga signos de una memoria colectiva o familiarizada con determinada circunstancia.

Hay un arte de la idea-representación. De la unidad aparente entre el objeto real, la percepción y la representación figurativa. Hay un arte que redacta y otro que simboliza. Uno dirigido a un contenido filosófico dosificado en una teoría de valores. Si Zurbarán representa una particularidad del hombre español religioso, Velázquez inmortaliza el núcleo mismo del individuo y de la persona. Aquel arte ascético se contraponen al signo visible de una forma-ser individualizada. En otra instancia el color, la alquimia nutridora del juego, del ocio de pintar, refresca con el agua pictórica la factura del ensueño. No se limita a imitar; mejor la naturaleza y el lenguaje nos conducen a la fuente misma

de la metáfora. No asistimos a un inventario de la realidad sino al conjuro visual de la creatividad embebida por la imaginación creadora y creativa, no del mundo visible sino el propio de los alquimistas de lo insólito, de lo soñador. Ante Con Wong el embeleso de la fascinación intuye la mansión de los iridescentes pájaros azules que pueblan el recinto de los nacimientos y del lirismo paradisiaco.

Sus bosques nacen como cuentos de tesoros acogidos en los frutos y las raíces incrustadas en el manantial del espejo.

En algún momento la factura pierde sutileza, encantamiento por pinceladas densas y formas ampulosas quebrantadoras de la unidad metafórica. Su lenguaje, su semántica no debe apartarse de la factura clarividente, ya que el ensueño puede representarse en espacios llenos para el deambular de la danza rítmica. El colorido no puede debilitarse en una desintegración neutra o en una tonalidad confusa. En este arte la forma debe tener la apariencia de un conjuro caligráfico y la unidad la embriaguez seductora de un conjunto deleitoso.

La pintura de Con Wong es una pantalla escenográfica donde los personajes ilustran una seductora narración de protagonistas encantados. Fábula de una lectura escuchada entre los labios de un hacedor de mundos hechizados que nos trasladan en la corriente estimuladora de lo visible invisible o del descubrimiento metamorfoseado. Este autor trae a colación a Norman Brown, cuando dice: "Lo que nuestra época necesita es misterio, lo que nuestra época necesita es magia".